

## El libro de Córdoba para los niños

Del discurso leído en el acto de su  
recepción académica el día 10 de Febrero  
de 1922.

### (Conclusión)

No habiendo de ser—otra vez lo digo—*El Libro de Córdoba para los niños* un libro propiamente histórico, ha de contener, con las incitaciones más vivas para que los escolares recojan los materiales más estimables con que componer la que todos nosotros vamos fraguando y solazarse por los vastos y floridos campos en los cuales se extiende el recuerdo imperecedero de la Córdoba de las doradas edades, otras no menos eficaces para el conocimiento de la misma Córdoba, como quiera que se la considere y estudie.

¿No es de importancia el de la topografía y el de la climatología y el de la fauna, la flora y la gea del lugar en que nacimos o vivimos? Pues cosas son éstas acaso que el niño sabe sin saber que las sabe, por falta de examen de sus experiencias. Y, por supuesto, cuya enseñanza puede hacerse de la manera más grata y sencilla. Veamos un ejemplo: Partiendo de la casa que habita, vaya el niño, por sus propios piés o en recorridos imaginarios, a las salidas de Córdoba, marchando en las distintas direcciones que los puntos cardinales señalan, discurriendo por calles y plazas que unas son llanas y otras en cuesta, unas de las zonas bajas de la población y de las altas otras, cuáles vecinas al río, cuáles más cercanas a las estribaciones de la sierra; vayamos en su compañía por paseos y jardines; se encaminen con nosotros sobre el terreno o sobre el plano, hacia las Casas Consistoriales, al Instituto, al Gobierno civil, a la Audiencia, a la Administración de Correos, al Museo de Pinturas, a la estación Central de los ferrocarriles, a la Catedral, a la Corredera; salgan por la Puerta del Puente, y, caminando hacia Oriente, siempre por las rondas y carreteras que dan la vuelta a Córdoba, regresemos por Occidente a entrar por la misma

Puerta de Algeciras; pasen otro día del barrio del Sagrario al Campo de la Verdad... Y, en todas estas idas y venidas, que vayan apreciando accidentes del suelo, distancias, direcciones, amplitud de superficies, diversidad de alturas... Que, del ser geográfico de Córdoba, en tal aspecto, se apropie un sentido tan cabal, como el que tenga del de la casa que habita, pero consciente e ilustrado.

Esto, que a muchos no parecerá enseñar ni aprender, dará ocasiones sin cuento, por otra parte, para promover el estudio de las comunicaciones dentro de Córdoba. ¿Es acaso para el niño de interés más inmediato y provechoso saber cómo se va desde Madrid a Constantinopla, que por donde el que vive en la calle del Aceituno ha de encaminarse a la plazuela del Indiano? No hay que lanzarse al corazón de Africa para acometer empresas de exploración; cualquier niño ha de verse bien a menudo en la necesidad de explorar el pueblo propio. Y, explorando Córdoba, el niño cordobés, tanteando y perdiéndose por el laberinto de calles y callejuelas y callejones de Córdoba, aprenderá a recorrer este su mundo, siguiendo el camino que en cada caso convenga elegir. Esta facultad de guiarse por sí mismo, de superioridad en la dirección de los movimientos de traslación propia, a más de que fortalece la voluntad, da un sentido de dominio sobre el territorio conocido muy necesario y saludable en las relaciones del hombre con la tierra. Si el niño llega a ser capaz, con los ojos vendados, de recorrer Córdoba, se considerará muy dueño de Córdoba. Y esto de que Córdoba, de alguna suerte, la sienta suya, lo hará ciudadano de ella antes de que los derechos políticos le otorguen esa condición.

Al andar por Córdoba con los sentidos bien despiertos, ¡qué de incitaciones lícitas se apoderarán del alma del niño! El educador no puede desentenderse de ninguna; el libro que amagino tampoco debiera dejarlas sin indicaciones del modo de satisfacerlas.

El libro tiene que hablar al niño de las relaciones comerciales entre los hombres, cuando le hable de la Corredera y de las ferias que celebramos y del tráfico en los muelles de las estaciones; de las industrias que aquí se desenvuelven, cuando le pida las muestras de las cosas que en Córdoba se elaboran, y le pregunte por las fábricas y talleres que haya visitado, y por los oficios de los obreros que conozca; también de lo uno y de lo otro, cuando le aconsejo informarse de las razones de haber unas calles y callejas que se llaman o se llamaban de la Plata, de Lineros, de Caldereros, de Cedaceros, de Odreros, de la Sillería, de Bataneros, del Tinte, de los Tejares, del Yeso, de Vinagreros y Carnecerías; la Espartería, la Zapatería, la Pescadería, la Librería...

Signos y muestras y aun gentes de todas condiciones que denoten la importancia agrícola de Córdoba, frente a una campiña feracísima, en las mismas calles las encontrará el niño cada día. En el Salvador ve a los

hombres de campo de Córdoba en los de huelga acostumbrada o de paro calamitoso; conoce tal vez a los dueños de cortijos, a los labradores de empuje, que concurren a su círculo de la calle de Gondomar; todavía presencia en el Agosto el desfile por nuestras calles de las recuas de burros cargados de costales de trigo; sabe dónde están los almacenes de las casas exportadoras de cereales y puede, cuando se quiera, visitar importantes fábricas de harinas, amén de la escuela de Peritos.

En los escaparates refulgen las joyas de los afamados plateros y orífices cordobeses de nuestros días; y la gran maravilla de los antepasados, que dieron lustre a esta ciudad, labrando con manos de hadas los metales nobles, el curioso niño la admira cada año en la tarde espléndida del Corpus Cristi, cuando la sin par custodia borda en el azul impoluto del firmamento las filigranas prodigiosas de sus agujas.

Todavía pueden mostrársele algunos de los renombrados cordobanes en los frontales de altar que se conservan en la Mezquita, en el convento del Corpus, en la ermita de La Alegría, frutos de la enseñanza de los industriales árabes, que en los talleres de Córdoba se ha labrado artísticamente el cuero hasta cercanos siglos; así como espléndidas piezas, cual las rojas colgaduras del crucero de la Catedral, salidas de los telares donde nuestros antepasados tejían la seda elaborada por los *bombis*, que se criaban en estancias recónditas de las casonas cordobesas, alimentados con las moreras que del jugo de nuestro suelo se sustentaban.

Esta información que los niños recojan de la briosa y aun gloriosa laboriosidad de los cordobeses de hoy y de antaño, no ha de ser sólo para aplacar curiosidades vehementes y alimentar motivos de legítimo orgullo; también, para infundir y fomentar en sus ánimos anhelos de cooperación al trabajo que enaltezca a Córdoba y aumente las riquezas de su acervo, y hagan que progresen aquí los oficios, y las artes, y las industrias.

Hay una tendencia que propugna la utilidad de que la escuela prepare para el aprendizaje de las actividades manuales. Fresca está todavía la tinta con que ha escrito uno de nuestros más talentados periodistas, Dionisio Pérez, estas palabras: «En lugar de los libros, herramientas; herramientas para trabajar jugando»... «En cada nación, mejor dicho, en cada región, la escuela debe iniciar al niño en los trabajos y producciones que la caractericen y aficionarlo a ellas; el niño debe salir de la escuela preparado como un aprendiz apto para convertirse prontamente en un buen obrero» (1). Y fresca también la que ha fijado en las páginas de la novísima *Revista de Pedagogía* estas otras del ilustre profesor don Luis de Zuñeta: «Ya empezamos a darnos cuenta de que está envejeciendo rápidamente aquella Pedagogía moderna basada en la adaptación realista al ambiente social y no en la reacción heroica contra los vicios y limitacio-

(1) *A B C* del 14 de Enero de 1922.

nes del ambiente; dirigida, con un sentido estrechamente utilitario, a dotar al joven de conocimientos técnicos y de aptitudes prácticas; esto es, de *medios* para la vida, sin despertar en su corazón el anhelo esencial de los grandes *finés* humanos, única cosa que presta algún valor a ese efímero episodio de nuestra pobre existencia....»

Pues, sea cualquiera el partido que se tome, aprovechemos la coyuntura de analtecer el trabajo manual desde antes que a él se consagre el niño, desde que el libro y el Maestro le hablen de las aplicaciones del esfuerzo muscular humano, infundiéndoles un sentido de nobleza, que dignificará más al individuo y enaltecerá a la comunidad cuyo miembro es. Ojalá que cada obrero cordobés entonara el himno al trabajo, trabajando por Córdoba y por la gloria, y se ungiera con estas palabras de fortaleza y de consuelo inefable: «Hay una forma la más elevada de trabajo, cual es la de convertirlo en oración y aserrar madera, colocar mampuesto, coser zapatos, cortar calzones o componer relojes a la mayor honra y gloria de Dios; pero hay otra forma, por menos encumbrada más humana y más conseguidora, y es hacerlo por Dulcinea, por la gloria. ¡Cuántos pobres Sanchos que se desesperan y reniegan bajo el yugo del trabajo se sentirían aligerados de él y henchidos de alegría en su labor, si al trabajar, es decir, al azotarse, pusieran su mira en desencantar a Dulcinea, en cobrar nombre y fama con su trabajo! Esfuérzate, Sancho, por ser en tu pueblo el primero de tu oficio, y toda la pesadumbre y graveza de tu trabajo se disipará ante tan honrado propósito. El pundonor dignifica al artesano» (1).

Gravísimo pecado de incultura es que los cordobeses, tantos y tantos privados del goce de las obras artísticas, pasen como los muertos al lado de los monumentos que nos quedan y no paren su atención para recrearse en los lienzos y esculturas de subido mérito que de los pintores y estatuarios más ilustres atesoran todavía principalmente nuestros templos. Eso está, como si dijéramos, metiéndose por los ojos del niño, llamándolo al vivir de las nobles emociones, pregonando la grandeza de Córdoba y la preclara estirpe de los favorecidos de las musas, que a raudales han derramado sus gracias en la copa de oro de esta tierra privilegiada. Pero hasta desatino hubiera parecido antes que detuviéramos a los niños con alguna intención educativa frente a las portadas de la Mezquita o de la casa de Jerónimo Páez o el cuadro de *La Cena*, de Céspedes, o a las estatuas de San Acisclo y de Santa Victoria que hay en la sacristía del Sagrario. La escuela primaria nada tenía que pedir al Arte, ni los Maestros habían para nada de valerse en sus tareas profesionales de las obras de carácter estético.

Ludwig Gurlitt ha escrito en su libro *La educación natural*: «La educa-

(1) Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, segunda parte, capítulo XXXIV.

ción debiera ser principalmente artística. Hoy es casi exclusivamente científica. Esto es el origen del mal. Pues los niños no ven el mundo con los ojos del hombre de ciencia, sino con los del artista. Y una educación racional ha de partir de ello. Pero nuestras escuelas prescinden por completo de todo lo que el niño ha adquirido, valiéndose de sus sentidos, y quieren imponer, en sustitución de su punto de vista, calificado de superficial, la abstracción y el esquematismo científico. El niño usa el idioma como un medio artístico de exteriorizar su estado de alma. La escuela le enseña a considerarlo como un sistema lógico y a hacer la disección de este órgano vivo como si fuera un cadáver. El niño, siguiendo su impulso artístico, expresa sus impresiones por medio del dibujo. Hasta hace poco, la escuela despreciaba esos dibujos como juegos inútiles y burdos y mataba el sentido natural de la forma y el impulso artístico del niño por medio de una enseñanza mecanista».

Ahora se quiere que el niño modele y dibuje y pinte y construya; pues como el niño cordobés vive en un gran Museo, sin pena sus aficiones hallarán sustentos que las fomenten y guíen, en acertando a valernos discretamente de las cosas de categoría artística capaces de interesarlo. El libro, que no tiene que hablarle de estilos, ni de escuelas, ni de épocas, con lenguaje sabio; que no tiene que ser el manual de ningún arte, como de ningún oficio, tiene que tirar de su atención muy suavemente, como con bridas de hilos de araña, hacia todo lo de Córdoba artística, para que este legado precioso no sea cosa muerta, sin eficacia para nuestra vida, sino elemento poderoso de cultura. No tratemos de que cada niño sea un artista; sino de que cada hombre sea un hombre.

Voy poniendo de manifiesto la intención de que gire el interés del niño alrededor de todas las cuestiones que la vida de Córdoba suscita. El niño que ha de leer el libro, si es que el libro sale a luz, será el niño de la escuela. Y de la escuela, que es tan del niño, tiene que hablársele.

El niño ha de saber que, en los esplendorosos tiempos de la civilización del Califato, Córdoba era la primera ciudad del mundo por sus escuelas, desde las primarias a las universitarias; y ha de saber también que en los tiempos calamitosos que corren, Córdoba está relativamente a su población y a sus necesidades de cultura, por el número y la calidad de sus escuelas, en situación tristísima de inferioridad con respecto a las numerosas aldehuelas de Fuente-Obejuna, Fuente-Palmera, de Priego, de Montoro, de Rute, de La Carlota... El niño ha de saber que en todas las zonas del globo, del Oriente al Poniente y del Septentrión al Mediodía, las escuelas se propagan, llenando todas las rutas con las luces de infinitos faros que guían a la Humanidad en sus peregrinaciones hacia una vida de dignidad espiritual más elevada y ha de saber también que en Córdoba, hoy una, mañana la otra, esotro día la de más allá, las escuelas

van desapareciendo, apagándose las débiles lucecillas que arrojaban alguna claridad en las mentes infantiles, perdiéndose las voces amigas que hablaban a los pequeñuelos el lenguaje del prudente consejo... El niño ha de saber que por ahí los hombres se afanan porque sus hijos, los hijos de todos los ciudadanos, gocen de los bienes que la Educación promete generosa y providente para los de cualesquiera condiciones sociales; y ha de saber también que en Córdoba, por la falta de escuelas, son algunos miles de desamparados los que tienen por Academia el arroyo y por Maestra la picardía. El niño ha de saber que los pueblos viriles combaten con denuedo contra el enemigo que la ignorancia presenta a la marcha del progreso, y que el analfabetismo va extinguiéndose, hasta reducirse a las cifras que acusan anormalidades incorregibles; y ha de saber también que en Córdoba son más de la mitad de sus habitantes los que no saben leer ni escribir...

Hablemos, sí, al niño de la escuela, de su escuela, de la que tiene y de la que no tiene, de la que le dan y de la que le niegan, de la sombría mazmorra de sus regocijos y del jardín risueño de sus alegrías, del aire fétido que amodorra su cerebro y del aura perfumada de flores que despierta su fantasía, de la penumbra de todas horas que apaga el brillo de sus pupilas y del sol radioso que enciende su mirada con destellos de inteligencia. Y que el niño hable al padre, y que el padre hable al amigo, y este amigo al que sea también su amigo y también al enemigo suyo; y todos hablen y todos clamen y todos vituperen y todos exijan y todos obliguen y todos, todos hagamos las escuelas, porque las escuelas, como los templos, son de todos y para todos, que la cultura, luz del Cielo, miel de los hombres, la regala Dios y los escogidos la elaboran así para los excelsos como para los humildes. Pero, si todavía no acudiéramos a remediar la desventura de la escuela cordobesa, que lo sepa el niño que no queremos. Y a la verdad que sería triste enseñanza ésta de que los hombres no queremos darles escuela; pero aunque afflictiva, puede ser saludable, si en las almas de los muchachos enciende el coraje de luchar por el honor de Córdoba y de velar, cuando hombres, por los tesoros espirituales que dentro lleven las nuevas generaciones.

De la Escuela primaria, como centro de enseñanza, ha de pasar el niño a otras zonas docentes dentro de Córdoba, llevándolo a que recorra el Instituto, las Escuelas Normales, la de Veterinaria, la de Peritos agrícolas, la de Artes y Oficios, el Seminario conciliar, el Conservatorio de Música, el Colegio militar preparatorio; a que todo lo vea y por todo pregunte y de todo hable con sus maestros y con los maestros de esos establecimientos, hasta que llegue a la entraña de tales órganos de la cultura y perciba el alcance de su labor en pro de los valores espirituales de Córdoba. Y en esta dirección, guiaremos también a los niños hacia las aca-

demias y sociedades artísticas, literarias y científicas cordobesas, hacia las redacciones de los periódicos; remontándolos después a las regiones serenas de la fama donde moran los inmortales ilustres que nacieron donde hemos nacido, por el conocimiento, a medida de los alcances de la mentalidad infantil, de las obras que dejaron para nuestra enseñanza y deleite y el lustre de Córdoba.

Esta amistad, que el niño cordobés trabe con los claros varones cordobeses por sabiduría, se dilatará a los famosos también por las armas y por las virtudes: guerreros, santos; a la gente pía y heroica.

¿Quién reniega de los suyos, y menos, si los suyos honran?

Tolerad que traslade aquí estas expresiones con que se loa el prestigio vigoroso de los insignes predecesores, de la pluma del cordobés que se basta y se sobra para honrarnos a todos los nacidos en su tierra: «Y al modo que los muladares gozan de la luz del sol y de sus resplandores, así los hombres de poco valor han de resplandecer con la luz de sus pasados.» «No sin causa se venera como cosa sagrada la memoria de las virtudes heroicas, porque ésta ayuda a que haya muchos buenos...» (1).

Escribe Reniero Pedro Dozy en la *Historia de los mulsumanes de España*: «La nobleza de origen, que, rectamente entendida, impone grandes deberes y hace a unas generaciones solidarias de otras, existe también entre los beduinos. La masa, henchida de veneración por la memoria de los grandes hombres, a quienes rinde una especie de culto, rodea de afectos y estimación a sus descendientes, con tal de que éstos, si no han recibido del cielo los mismos dones que sus antepasados, al menos conserven en su alma el respeto, el entusiasmo y el amor hacia las grandes empresas, el talento y la virtud.»

Los nuestros serán más nuestros y nosotros más de ellos, cuando, si no como ellos, seamos sus devotos; y que, empezando por aquí, de seguro que los cordobeses eminentes de ayer engendrarán en las esferas de la inmortalidad otros nacidos en su descendencia. En el *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián, he leído esto:

«Prenda es de héroe el combinar con héroes; prodigio de la naturaleza por lo oculto y por lo ventajoso. Hay parentesco de corazones y de genios y son sus efectos los que la ignorancia vulgar achaca bebedizos. No para su sola estimación, que adelanta benevolencia y aún llega a propensión...»

La prudencia nos guíe cuando de los vivientes (que siempre de lo que el niño conoce hay que caminar hacia lo que tratemos de darle a conocer) queramos que suba a los que han sobrevivido a la muerte; pues no sólo van enderezados nuestros empeños a enaltecer el nombre de Córdoba, siendo obligación primaria nuestra atinar a que se eduquen discreta-

(1) L. A. Séneca, *Libro de Beneficios*, cap. XXX.

mente sus hijos. En este punto pongo la soberana página de la pedagogía de la emulación que he leído en las *Cartas marruecas* de don José de Cadalso: «(1) Creo, como tú, que la fama póstuma de nada sirve al muerto, pero puede servir a los vivos con el estímulo del ejemplo que deja el que ha fallecido. Tal vez éste es el motivo del aplauso que logra.

»En este supuesto, ninguna fama póstuma es apreciable, sino la que deja el hombre de bien. Que un guerrero transmita a la posteridad la fama de conquistador con monumentos de ciudades asaltadas, naves incendiadas, campos desbaratados, provincias despobladas; ¿qué ventajas producirá su nombre? Los siglos venideros sabrán que hubo un hombre que destruyó medio millón de hermanos suyos; nada más. Si algo más produce esta inhumana noticia será tal vez enardecer el tierno pecho de algún joven príncipe; llenarle la cabeza de ambición y el corazón de dureza; hacerle dejar el gobierno de sus pueblos y descuidar la administración de la justicia, para ponerse a la cabeza de cien mil hombres que esparzan el terror y llanto por todas las provincias vecinas. Que un sabio sea nombrado con veneración por muchos siglos, con motivo de algún descubrimiento nuevo en las que se llaman ciencias; ¿qué fruto sacarán los hombres? Dar motivo de risa a otros sabios posteriores, que demostrarán ser engaño lo que primero dió por punto evidente. Nada más; si algo más sale de aquí, es que los hombres se envanezcan de lo poco que saben, sin considerar lo mucho que ignoran.

»La fama póstuma del justo y bueno tiene otro mayor y mejor influjo en los corazones de los hombres y puede causar superiores efectos en el género humano. Si nos hubiéramos aplicado a cultivar la virtud tanto como las armas y las letras; si en lugar de las historias de los guerreros y literatos se hubieran escrito con exactitud las vidas de los hombres buenos, tal obra, ¡cuánto más provechosa sería! Los niños en las escuelas, los jueces en los tribunales, los reyes en los palacios, los padres de familia en el centro de ella, leyendo pocas hojas de semejante libro, aumentarían su propia bondad y la ajena, y con la misma mano desarraigarían la propia y la ajena maldad.»

A pesar de tales razonamientos, no debemos enterrar en el olvido el aura de los guerreros, ni la fama de los sabios. Los guerreros, a la verdad, han sido también instrumentos del progreso y los sabios son del linaje de la nobleza intelectual. Pero el culto de los héroes en la escuela primaria no ha de tener por divisa este propósito: morir por la patria. Un publicista de nuestros días ha escrito: «¡Morir por la patria! He ahí una idea muy bella, pero muy engañosa. La patria no pide que se muera por ella y, si lo pide, es en casos muy excepcionales y por rara paradoja,

---

(1) XXVIII.



para revivir. Lo que es preciso es vivir, pero fervorosa y apasionadamente» (1).

Sepa, sí, el niño de Córdoba que es Córdoba la casa de guerrera gente; pero sépalo para querer que en los venideros tiempos no falten los insignes varones dignos de la alteza de tales abuelos, que la ilustren y glorifiquen en los empresas de la paz. Y lo mismo que cuando le hinche saber que Córdoba es casa de guerrera gente que cuando le halague aprender que es también de sabiduría clara fuente, lea en ese libro portentoso de don Miguel de Unamuno, que ya he citado reiteradamente, *Vida de Don Quijote y Sancho*: «.... mi humanidad empieza en mí y debe cada uno de nosotros más que pensar en que es descendiente de sus abuelos y estante a que han venido acaso a juntarse tantas y tan diversas aguas, en que es ascendiente de sus nietos y fuente de los arroyos y ríos que de él han de brotar al porvenir. Miremos más que somos padres de nuestro porvenir que no hijos de nuestro pasado; y, en todo caso, nodos en que se recogen las fuerzas todas de lo que fué para irradiar a lo que será, y, en cuanto al linaje, todos nietos de reyes destronados» (2).

Puesto el niño a escudriñar en la vida cordobesa dicho se está que topará a cada paso con el Ayuntamiento. Y ha de enterarse del gobierno de la ciudad, por el conocimiento de los regidores y el de sus obras, pues que siempre, siempre (y nunca será viciosa esta prevención) tiene que partirse del hombre, de la cosa, del fenómeno, de lo que por los sentidos entra. Así, que averigüe el niño quién sea el Alcalde de su barrio, y quiénes los concejales por su distrito, y cuál el Alcalde de Córdoba; que entre en las Casas Consistoriales y recorra sus oficinas y estancias, y asista a algún Cabildo; que se entere de los oficios de los guardias municipales; que se hable en la escuela a menudo de la conservación de las vías públicas urbanas y de los caminos de ronda, del alumbrado de las calles y plazas, del cuidado de los jardines y paseos, de la escasez del agua, de la inmundicia del subsuelo de Córdoba, de las bombas y aparatos para extinguir incendios; que lean los niños las diarias lamentaciones de la prensa por las exigencias de la población, con las quejas del vecindario; que indaguen lo que sus padres o los de amigos suyos pagan por contribuciones municipales; que visiten el Matadero, la Casa de Socorro, el Asilo de Madre de Dios; que se pongan en sus manos, siempre que haya oportunidad, el presupuesto y las ordenanzas municipales; que hablen del sistema de nombramiento de los ediles en vísperas de elecciones; que haya en cada Escuela un cartelón donde se vayan apuntando las mejoras de todas clases que el Ayuntamiento de Córdoba lleve a término: escuela

(1) Antonio de Hoyos y Vinent, *A B C*, 12 enero 1921, artículo *Voces entre la multitud*.

(2) Primera parte, capítulo XXI.

nueva que se abra, alcantarilla que se construya, fuente pública que se inaugure, calle que se pavimente, arboleda que se plante, publicaciones que se costeen, monumentos que se levanten, premios que se adjudiquen...

No se omita medio didáctico o recurso pedagógico licito para que el cordobés desde niño se interese por la cosa pública de su pueblo. Hablen y traten los niños de los negocios de Córdoba, como de los asuntos de su casa. Córdoba, un día, estará en sus manos, y, si la aman porque la conocen y la conocen mejor porque la aman, Córdoba saldrá de sus manos engrandecida y ellos quedarán cubiertos de honores por haber servido bien a su patria.

Como aquí no he de seguir paso a paso y materia por materia el desarrollo y contenido del *Libro de Córdoba para los niños*, ni es menester para la exposición del intento, no tengo que detenerme, aunque lo hiciera gustoso, si ya no hubiera incurrido en el pecado de abuso de vuestra benévola atención, en tratar de los aspectos de la vida de Córdoba en el orden religioso y eclesiástico, en el político, en el de la administración de justicia, en el de la beneficencia, en el económico y en otros tantos y más que en la obrilla han de aparecer

Muy de manifiesto, a mi parecer, la orientación, el sentido y el alcance del libro que de los telares de la imaginación no ha salido todavía, tratando de su empleo, debo referirme a los ejercicios que pedirá y al material de que ha de disponerse junto a él.

El libro ha de tener para el niño, en cada artículo o lección, una exigencia de trabajo, de observaciones, de exploraciones, de investigaciones, de acopio de datos, de recogida de noticias, de apuntes gráficos, de construcciones, de colecciones de seres y objetos, de lecturas, de consultas.... De consiguiente, que el estudio y conocimiento de Córdoba no ha de hacerse completamente en el libro, sino por el libro, en la misma Córdoba, moviéndose y manipulando, hablando y discurrendo, leyendo y escribiendo, dibujando y pintando con motivo de Córdoba y sobre cuestiones, cosas y gentes cordobesas. Y tras de cada lección o artículo, que será muy breve, a modo de charla amistosa con el escolar, vendrá el programa de los ejercicios que correspondan, obligando al niño a hundir la reja acerada de su curiosidad insaciable en el campo cubierto de malezas de Córdoba, madre suya.

¿El material? Córdoba misma, el más abundante y el más excelente: Córdoba; su suelo, sus calles, sus monumentos, sus instituciones, sus fábricas, sus ciudadanos, sus leyendas, su lenguaje, sus costumbres, sus tradiciones, sus caminos, sus iglesias, sus triunfos, sus jardines, sus archivos, sus hijos ilustres, su historia abrumadora, sus piedras y sus libros, sus flores y sus joyas, sus árboles y sus pájaros.. hasta el sol y el aire

que nos besan. Y también el que el Maestro se agencie y el que busque y produzcan los niños: planos, copias de documentos, reproducciones de objetos, estadísticas, fotografías, periódicos, retratos, estampas, muestras de productas agrícolas y fabriles, diarios de visitas y excursiones, tarifas, convocatorias, recibos, cuadros, prospectos... lo innumerable, lo inagotable.

Córdoba, pues, si el libro se escribe y entra en la escuela y se acepta como una de las guías del trabajo educativo y didáctico, Córdoba será para el niño, desde que empieza a sentir las presiones de las complejas realidades de la vida, y puesto que todo está en todo y en Córdoba el mundo, la Maestra suprema, la aspiración más elevada, la musa de sus ensueños, la dama de sus amores generosos, la santa madre de los prestigios seculares y de los dolores augustos.

El estudio de Córdoba, tal y como el niño tendrá que hacerlo, rematará tarde o temprano, en un juicio sintético del pueblo donde hemos nacido.

Y la emoción me embarga cuando pienso en el momento de que cada niño cordobés llegue a decir cómo es la Córdoba de nuestros días, cómo la Maestra, la musa, la dama, la madre. ¿Cómo verá el niño a Córdoba?

¿Cómo la han visto algunos conspicuos de la intelectualidad española?

Una figura eminentísima de ella, que por Córdoba siente devociones filiales, don José Ortega y Gasset, ha escrito en *Personas, obras, cosas*: «Hasta ahora, únicamente los pueblos oriundos de las mesetas centrales del Asia, los arios o indoeuropeos ofrecen las garantías suficientes para que pueda la humanidad entregarse al optimismo: sólo ellos parecen inagotables en la invención de nuevas maneras de vivir. Porque, nótese bien, ¿de qué nos sirve todo el esplendor de la Córdoba musulmana, si fué una grandeza híbrida, condenada a morir totalmente, sin dejar germinaciones de porvenir? Córdoba sigue aromando melancólicamente nuestra memoria como una azucena mística; pero ¡ay!, murió hasta el fondo, hasta la raíz; es sólo un recuerdo.»

Córdoba, foco de una civilización espléndida, ya no luce.

De un personaje cordobés de *La Feria de los discretos*, don Gil Sabadía, son estas exclamaciones: «—¡Qué pueblo este!... A mí que no me hablen de Granada ni de Sevilla; porque fijese usted que Granada tiene tres aspectos: la Alhambra, Puerta Real y el Albaicín, que son tres cosas muy distintas. Sevilla es más grande que Córdoba, pero es ya más cosmopolita, se parece a Madrid; pero Córdoba no, Córdoba es una e indivisible, Córdoba está en su propia salsa. Esto es un pueblo».

«¡Esto es un pueblo!», en tono de condenación para nosotros mismos, decimos todos con don Gil Sabadía. La ciudad patricia, la ciudad sultana, convertida en pueblo, a pesar de la Historia, en poder de hijos que tanto blasonamos de amarla, de afanarnos por su engrandecimiento.

Ahora nos consolamos y aun alborozamos, al contar las fábricas y las casas nuevas que en Córdoba se levantan. Pero eso ¿es un resurgir de Córdoba?

Angel Ganivet escribía en su *Estética urbana* (1): «Los artistas de aguja y tijera saben perfectamente que la elegancia no está en el traje, sino en la persona que lo lleva; y el principal talento de una modista o de un sastre más que en afinar el corte está en recargar las cuentas para desembarazarse de la gente de medio pelo. Así también una ciudad material —los edificios— es tanto más hermosa cuanto mayor es la nobleza y distinción de la ciudad viviente—los habitantes.—Para embellecer una ciudad no basta crear una comisión, estudiar reformas y formar presupuestos; hay que afinar al público, hay que tener criterio estético, hay que gastar ideas». Y agrega, en otro artículo: «La diferencia entre pueblo y ciudad está precisamente en que la ciudad tiene espíritu, un espíritu que todo lo baña, lo modela y lo dignifica».

¿Resurge Córdoba? ¿Afinamos al público? ¿Tenemos criterio estético? ¿Gastamos ideas? ¿Cuáles son las empresas del espíritu de la ciudad?

Si don Gil volviera a pasear por el Gran Capitán exclamaría otra vez sentencioso:—¿Esto es un pueblo?

La evolución viene de lejos y camina despacio. Nadie se considere desligado de la exigencia de cooperar a ella, si está en marcha. Córdoba necesita cordobeses que la realicen y hay que formarlos. Únicamente la cultura es capaz de tal empresa. Pero una cultura arraigada en Córdoba, dirigida hacia Córdoba, saturada de Córdoba, sublimada por el amor a Córdoba, que agite a Córdoba en un hervidero de ideas, que dé a luz los hombres por que Córdoba clama. Los patriotas de Córdoba, que serán los mejores patriotas de España.

Escuchemos otra vez devotamente al autor genial de *Granada la bella*, —eminente patriota de su natal ciudad: «Para mí la clave de nuestra política debe ser el ennoblecimiento de nuestra ciudad. No hay nación seria donde no hay ciudades fuertes. Si queremos ser patriotas, no nos mezclemos mucho en los asuntos de política general. Aquella ciudad que realice un acto vigoroso, espontáneo, original, que la muestre como centro de ideas y de hombres que en la estrechez de la vida communal obran como hombres de Estado, tenga entendido que presta a su nación un servicio más grande y duradero que si enviara al Parlamento una docena de Justinianos y otra docena de Cicerones».

Sea la Escuela primaria cordobesa Escuela de patriotas de Córdoba: de cordobeses que la ensalcen con su sentir hondo, con sus obras buenas, con los labios sellados.

---

(1) *Granada la bella*, artículo I.

Y por ellos, venturosos, desde Dios sepa donde, te llegará, Córdoba,  
otra vez el blando ruido de aquellos versos que el numen de Juan Valladares de Valdelomar un día te dirigiera:

«Bien puedes, madre, desechar el luto  
con que a tus hijos Séneca y el Mena  
y a tu Grau Capitán pagas tributo.

»Eujuga el rostro, deja el llanto y pena,  
vive de hoy más alegre, pues produces  
perlas preciosas en tu blanca arena».

JOSÉ PRIEGO LÓPEZ.

